

I.2

SOCIEDAD Y ECONOMÍA EN CUBA Y PUERTO RICO

Coordinación: Dra. Dña. Consuelo Naranjo Orovio

PUERTO RICO Y EL 98

Luis E. Agrait

Cada época escribe la historia del pasado con referencia a las condiciones más apremiantes de su propio tiempo.

Frederick Jackson Turner

¿Cuántos procesos, numerosos y complicados, se agitan en el interior de un caso como éste, cuántas apuestas, cuántos historiadores están implicados desde su origen, y hasta hoy? En esto reside su profundo interés, y no en tomar partido por tal o cual actor, lo que equivaldría a repetir indefinidamente el proceso, en tanto vale más comprenderlo.

Michel Serres

Presente y pasado

De entrada parece haber un conflicto irreconciliable entre la afirmación turneriana de un lado y el reclamo de Serres del otro. Si escribimos la historia de acuerdo a las condiciones más apremiantes de nuestro tiempo, ¿cómo evitar “tomar partido” en las controversias históricas así estudiadas? Salvo que fuese posible no tomar posiciones en lo relativo a las condiciones más apremiantes de nuestro propio tiempo y, si lo fuese, que fuese además deseable.

Para quienes, como yo, ubicamos a la Historia como disciplina dentro de las Humanidades, y creemos con Sir Kenneth Clark que “las Humanidades somos nosotros mismos”, no es posible. Y más, concluiría con Steven Stern, que un análisis histórico totalmente distanciado moral o políticamente de nuestro propio tiempo, aunque posible, tampoco es deseable. Acarrea un costo demasiado alto tanto en términos de la naturaleza y la finalidad de la disciplina como en términos de la comprensión misma de los procesos históricos.

Si la belleza y la atracción de la historia son su invitación a entablar un diálogo significativo entre el pasado y el presente, el riesgo de una historia... magnánimamente distanciada es que se niega a sí misma. Vacía de vitalidad a los dos sujetos del diálogo, y abre el campo a una competencia de narrativas y mitos.¹

O sea, que en la formulación de Stern sería precisamente el no incorporar las “condiciones más apremiantes de nuestro propio tiempo” de la formulación turneriana, lo que llevaría a la no comprensión de la advertencia de Serres.

Por eso no es contradicción la afirmación del historiador francés Philippe Ariès que “la Historia, aun conservando y perfeccionando su instrumental científico, se concibe como un diálogo en el cual el presente no está ausente nunca. ...El historiador actual reconoce sin vergüenza que pertenece al mundo moderno y que trabaja a su manera para responder a las inquietudes (que él comparte) de sus contemporáneos”.² Así puede insistir el inglés Edward H. Carr en su célebre e indispensable *¿Qué es la historia?* que los libros de historia nos dicen al menos tanto sobre el tiempo en que se escriben como sobre el tiempo sobre el cual se escriben.

Y en verdad no me parecerá paradoja absurda el que alguien dijese que la *Historia de Grecia* de Grote nos informa en la actualidad tanto acerca del pensamiento de los radicales filosóficos ingleses del quinto decenio del pasado siglo como acerca de la democracia ateniense en el siglo V antes de nuestra era; o que quien desee comprender lo que 1848 representó para los liberales alemanes debe tomar la *Historia de Roma* de Mommsen como uno de sus libros de texto”.³

De los usos del pasado

Si nunca está ausente el presente del estudio del pasado, menos puede estar el pasado ausente del presente. Casi invariablemente nos planteamos el presente en función del pasado. Y más, utilizamos al pasado en función del presente.

En su ensayo sobre los usos del pasado Geoffrey P. Hawthorn, de la Universidad de Cambridge, señala que aun los más ardientes practicantes de la visión rankiana de la historia como lo que verdaderamente ocurrió, para quienes el “problema-situación” de estudio tiene en efecto que ser pasado, pretérito, finiquitado, precluyente de que en forma alguna pueda estudiarse el pasado como extensión hacia atrás del presente o, viceversa, el presente como proyección hacia adelante del pasado, aparece siempre con mayor o menor consciencia, implícita o aun explícitamente, alguna intención de hacer que la historia se ponga al servicio de algún fin que trascienda el fin de la historia misma. “La pregunta que surge es, por consiguiente”, de acuerdo a Hawthorn, “no tanto dónde y cuándo se usa el pasado, políticamente o de cualquier otra manera, para servir al presente, sino *dado que en todas partes se usa, ¿cómo y por qué se da ese uso?*”.⁴

Para el autor el pasado o más correctamente, los pasados, son construidos o apropiados y se usan, consumen o padecen para establecer una identidad. En tanto son precisamente eso, pasados, y contrario a otras características o atributos como lenguaje o, más generalmente, “cultura”, que son contemporáneos con la presunta identidad, entre ésta y aquéllos se establece una relación distinta. Esa relación se establece de cuatro modos dependiendo, primero, si se postula que tal identidad está en continuidad o en discontinuidad con los tiempos anteriores en tal o cual lugar, y, segundo, la relación que se postule entre la asimilación a una identidad previamente establecida o la distancia que se establezca respecto a una identidad de esta índole.⁵

Dentro de ese esquema, el primer uso del pasado lo encapsula la célebre frase de Tácito de la historia “como maestra de la vida”. Se concibe al pasado como contenedor de “verdades permanentes” que sirven de ejemplos de lo que puede ocurrir. La historia se

entiende, pues, si no como cíclica, al menos como una y universal pues de otra forma no podría concebirse que lo ocurrido en otro tiempo y lugar pudiese guardar relación con o lección alguna para lo que ocurra en otros tiempos y lugares.

El segundo uso del pasado aparece según surge el interés de apartarse de una historia universal y distinguir las historias particulares de cada pueblo, país o nación diferentes las unas de las otras, que no se subsuman en una historia general o universal. Surge así la noción de una identidad sita en el pasado que hay que estudiar y conocer para aprehender y celebrarla.

Pero también puede proponerse una relación contraria, opuesta al pasado, y en ésta reside el tercer uso: rechazar precisamente esa identidad anterior. En este caso se visualiza al sí mismo, al propio tiempo y lugar como la antítesis de la categoría anterior o de alguna categoría más general. “La virtud y una identidad que pudiera, en consecuencia, asumirse y celebrarse, se hallan en el futuro. El presente es inaceptable y se define por lo que no es”.⁶

Finalmente, existe una cuarta posición ante el pasado en la que no se reconoce ni una categoría general ni una historia nacional clara en la cual ubicarse. Se entiende que no se está en una historia propia sino en una ajena que por lo mismo de ser ajena es difícil entender qué puede aportar a definir la identidad propia.⁷

Puerto Rico ante el 98

Cuentan que en 1955 le preguntaron al Zhou En Lai su opinión sobre la Revolución Francesa. Respondió: “Demasiado pronto para saber”. Si entonces era demasiado pronto para pasar balance sobre aquello, transcurridos escasamente cien años, es todavía prematura una respuesta definitiva sobre Puerto Rico ante el 98. ¿Cómo pasar balance sobre el 98 en Puerto Rico, dada la cantidad, amplitud, profundidad y complejidad de los procesos —rupturas y continuidades— que arrancan de ese momento? ¿Cómo pasar balance cuando prácticamente cada problema actual en Puerto Rico envuelva una referencia casi obligada a los hechos o a las consecuencias de los hechos del '98?. Dicho de otra forma, ¿cómo pasar balance sobre el '98 cuando todavía se aborda, un siglo después, como una controversia contemporánea: “un pasado que todavía no es pasado”?

*De los cinco 98's*⁸

Claro, que no ha habido que esperar cien años para pasar estos balances; más bien se han hecho sobre la marcha. A lo largo del siglo cada generación ha pasado su propio balance sobre el 98. Por eso me parece que al hablar del 98 en Puerto Rico se habla al menos de cinco 98's distintos. Se habla, primero, del 98 histórico, o calendario; esto es, de lo que ocurrió entre el primero de enero y el 31 de diciembre de 1898, con sus antecedentes y consecuencias inmediatos.

Se habla, segundo, del '98 puertorriqueño, que comienza, si atendemos a Fernando Picó, en el 1899 y cuyo rasgo principal consiste en la frustración y el desengaño de las expectativas y esperanzas despertadas por los sucesos del '98 histórico.⁹

Hablamos, tercero, del '98 como trauma, que es una invención posterior, de finales de la década del 1920 y de la década del treinta; que no aparece en el '98 histórico y sólo en forma muy distinta en el '98 puertorriqueño, y que forma parte de toda la crisis política, económica, social y cultural en que se sume el sistema colonial a raíz de la Gran Depresión.¹⁰

Hablamos, cuarto, del '98 de la nueva historia que para la década del 1970 comienza a cuestionar, revisar y renovar antiguas tesis, entre ellas la del trauma del '98. A éste podría llamársele el '98 del CEREP, por la importancia del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña en fomentar y divulgar esos cuestionamientos. O el '98 del cuarto piso, o de José Luis, por la importancia del ensayo de José Luis González, profesor puertorriqueño de la Universidad Nacional Autónoma de México, en divulgar la nueva tesis.¹¹

Y se habla también, del '98 cien años después, del cual todos los que estamos aquí formamos parte, y que es, obviamente, un '98 no ya inédito, sino todavía por escribirse.

Usos del futuro en el '98 puertorriqueño

No hay, a estas alturas, que insistir mucho en que la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico fue, en verdad, la “pequeña guerrita espléndida”. Más que batallas hubo escaramuzas en las que las fuerzas invasoras sufrieron un total de cuatro bajas. El rosario de malas nuevas según progresaba el conflicto minaban cualquier entusiasmo inicial que hubiera podido existir.

A esto hay que añadir el comportamiento de los propios peninsulares en la isla. Los bancos españoles, por ejemplo, rehúsan adelantar créditos al recién inaugurado Gobierno Autónomo, convirtiéndose así en los primeros en votar en contra de una posible victoria española. En lo militar, el capitán Ángel Rivero, autor de una importante crónica escribe:

La conducción de la campaña fue un verdadero desastre; un cúmulo de torpezas, errores y equivocaciones, y en ningún momento se supo utilizar los valiosos medios de defensa con que contaba el estado militar del país. La frase “estamos abandonados” corría de boca en boca, y así, al arrinconar sus fusiles decían: “¿A qué pelear si los de Madrid no quieren?”.¹²

Por otro lado, había entonces motivos para esperar de los Estados Unidos un trato más liberal y justo, y anticipar, incluso, la culminación de las aspiraciones criollas decimonónicas. Es fácil entender esta reacción. Para las élites políticas la llegada de la “república de repúblicas” y del país de la democracia de Franklin, Jefferson y Lincoln prometía de una vez y por todas lograr la doble aspiración política decimonónica: el gobierno propio y plenitud de derechos. La llegada del país “cuya pujanza asombra al mundo” prometía el advenimiento de la prosperidad y de la modernidad. Y para las capas populares, la euforia no es tanto por la llegada de los norteamericanos “sino una exalta-

ción por el derrocamiento del estado español. ... Fue la ilusión de muchos que la explotación y la dependencia cesaran con la invasión”.¹³

En este sentido, es interesante notar el uso del futuro —y de los Estados Unidos como futuro— que hace un grupo de criollos puertorriqueños. Veamos dos ejemplos: Mariano Abril y Rosendo Matienzo Cintrón.

Mariano Abril, editorialista de *La Democracia*, periódico hasta el año anterior Liberal Fusionista, aliado del partido de Práxedes Mateo Sagasta, predecía confiadamente el 12 de enero de 1899, la pronta americanización de los puertorriqueños,

no por la irrupción de los yankees [sino porque] sus hijos se habrán educado a la americana, y nos traerán sus usos, sus costumbres, su idioma, su progreso, su actividad, en una palabra, el espíritu de aquel gran pueblo, para infiltrarlo en el cuerpo muerto de la decadencia española”.¹⁴

Rosendo Matienzo Cintrón fue sucesivamente, en tiempos de España, Autonomista, Liberal y Puro Ortodoxo, y en tiempos de los Estados Unidos, Republicano, Unionista y fundador del Partido de la Independencia.¹⁵ En 1902 Matienzo pronuncia un interesante discurso haciendo un llamado a los partidos políticos a deponer los divisionismos y labrar “la unión, la santa unión de todos los puertorriqueños”. De otro modo se corre el peligro de:

anular la personalidad puertorriqueña, a colocarnos débilmente frente a la ola avasalladora del Norte, sin fuerzas ni medios para resistirla; a detener, en fin, el carro de la civilización.¹⁶

Pero, ¿cuál es ese carro de la civilización que la división política amenaza detener?

La americanización, en los momentos actuales que atraviesa Puerto Rico, es la civilización norteamericana y la civilización norteamericana es la libertad.

...

Debe aceptarse la americanización. Aceptar la americanización es aceptar la civilización. ...Para conseguir eso ya os he dicho lo que debemos hacer: vivir con orientación, con ideal, cambiar radicalmente nuestro modo de ser.

...

Imitemos los ejemplos y copiemos las leyes de esa raza superior...; no temamos la civilización norteamericana que es el engrandecimiento de los pueblos. Aman-do la civilización y la virtud, triunfaremos en el siglo XX: en él dará comienzo nuestra historia.

Abril y Matienzo utilizan el pasado —y el futuro— en el tercero de los sentidos de Hawthorn apuntados anteriormente: visualizar al futuro que comienza como la antítesis de la categoría o etapa anterior; en la formulación de Matienzo el futuro “dará comienzo nuestra historia”.

Del uso del pasado en el '98 del trauma

A la altura de 1898, claro está, Estados Unidos no era sólo el futuro que una vez fue o se supuso que fue. Era también una nación con más de un siglo de expansión de su frontera continental guiado por la visión del Destino Manifiesto y, cerrada aquella, envuelta en una franca expansión imperial, en la que fue desarrollándose aun más que una política toda una actitud hacia las naciones, los pueblos o grupos en la ruta de expansión.¹⁷

El conflicto entre la idea de futuro —de Estados Unidos y de Puerto Rico— y las expectativas que generó, y la política norteamericana fruto de la segunda realidad le otorga una dimensión particularmente dramática y patética a la frustración experimentada por la elite política puertorriqueña.¹⁸

De esa frustración surge la noción del '98 como trauma. Francisco Manrique Cabrera la formula así en su *Historia de la literatura puertorriqueña* (1956): “los años que siguen a nuestro 98 son sencillamente agónicos alma adentro para lo nuestro total. ...Era sencillamente el trauma: el violento desgarramiento histórico consumado sin la intervención nuestra”.

No extraña, por consiguiente, que sea en ese tiempo en que por primera vez un partido incluye una reivindicación cultural en su programa político.

Constituyendo el pueblo de Puerto Rico una nación con continuidad histórica, deben ser objeto de especial estudio en las escuelas públicas la enseñanza de la historia de Puerto Rico y de España y con marcado énfasis la obra del descubrimiento y colonización de América.¹⁹

Frente a aquel futuro de Puerto Rico que eran los Estados Unidos, el dirigente máximo del Partido Nacionalista proclama: “¡O yanquis, o puertorriqueños!” Y define además en qué radica la diferencia:

España es una de las naciones que siempre ha sido civilizada. La barbarie nunca dominó a España. ... España, a pesar de la grandeza de Roma, se mantuvo española. ...España pasó por otra invasión bárbara, por la invasión de los pueblos del norte, de los godos, visigodos y vándalos: progenitores de los yanquis. Pero España siguió siendo española. ...Son las naciones ibéricas las naciones que forman el conjunto de la civilización en América.

...

Nosotros veneramos el nombre de España porque para nosotros significa la ciencia del derecho, las ciencias positivas, la ciencia de la moral y la tradición cristiana de nuestro pueblo.²⁰

Se postula la idea de una “antigua felicidad colectiva” que Puerto Rico vivió en el siglo anterior y que el '98 cerró, cercenando al país de su auténtico, verdadero y natural modo de ser, sito en el pasado. Esto es, volviendo a los usos del pasado de acuerdo a Hawthorn, se opta por el segundo uso: la noción de una identidad sita en el pasado a la que hay que estudiar, conocer, aprehender en el presente.²¹

De la periodización de la historia cultural puertorriqueña en el siglo XX

Es interesante notar la correspondencia de estos dos usos distintos del pasado y la periodización de la historia cultural de Puerto Rico en el siglo XX que hace el antropólogo Eugenio Fernández Méndez.²² Muchos antropólogos señalan tres etapas en la reacción de un pueblo conquistado a proceso de transculturación al que es sometido: la etapa de recepción, la etapa de ajuste, y la tercera, “la más problemática y decisiva”, en que comienza un “gradual retorno de la vieja fe”.

Aplicando estas etapas a Puerto Rico Fernández Méndez encuentra que en la primera, que para él dura de 1898 a 1900, la reacción de la sociedad puertorriqueña “al contacto con la ‘cultura’ norteamericana, fue una excepcionalmente cordial y cargada de esperanzas”. La segunda etapa, una vez se establece el dominio de la cultura interventora, se caracteriza por “el entronizamiento de un hondo sentido de inferioridad ... acompañado ... de una actitud desdeñosa del pasado y de los valores de la cultura nativa”. En el caso de Puerto Rico esta etapa va desde 1900 hasta 1929, y tiene su clímax “con la depresión de 1929 y la quiebra de la política de ‘americanización’ patrocinada por los Estados Unidos en un deliberado intento de asimilarse culturalmente a Puerto Rico.”²³

La tercera etapa, que en Puerto Rico arranca desde 1930, se caracteriza, como se menciona anteriormente, por:

el gradual retorno de la vieja fe, aunque modificada ahora en muchos de sus aspectos; y en la cristalización gradual de un sentimiento de afirmación de los valores autóctonos: arte, literatura, gracia vital, costumbres y propósitos.²⁴

Se ve claramente cómo los usos del pasado de Abril y de Matienzo —su optimismo de una rápida y fácil americanización— se enmarcan dentro de las características de la primera etapa. A la altura de la década del treinta los planteamientos culturales, que no fueron, obviamente, únicamente del Partido Nacionalista, sino que fueron planteamientos de todo un tiempo y de toda una generación dentro y fuera de la política, corresponden a la tercera, a la de afirmación.

Del traslado de pasados y futuros

Claro que la realidad es mucho más complicada. Las etapas en la historia no se dan con la exactitud, nitidez y precisión de los experimentos en las probetas y pipetas de los laboratorios. Así que no es difícil comprender que ambas visiones del pasado y del futuro a lo largo de los diversos 98's y de las diversas etapas culturales coexistan y convivan con mayor o menor grado de incomodidad. Hoy mismo el país vive la moderna realidad de unos superaviones que a diario le transportan literalmente cientos de miles de kilos de hielo y litros de agua para aliviar los estragos del huracán Georges, simultáneamente añora lo que Fernando Picó en una entrañable metáfora llama “la casa de la abuela”.

La nostalgia por el pasado rural que, se imagina ordenado, ha animado muchas de las reflexiones contemporáneas en Puerto Rico. Hay una casa de la abuela a la que muchos creen posible regresar.

...

El país se encuentra a sí mismo en una casa de la abuela que está llena de música y de flores, de gente saludable y alegre, de gente afanosa y curiosa. De esa casa de la abuela nunca hemos salido.²⁵

En un país al que en 1898 la modernidad ni le llegó como la buscó ni la buscó como le llegó, es como si se le hiciera imposible todavía un siglo después pensarse moderno y a la vez preservar, mantener, incorporar esa modernidad en su sentido de comunidad imaginada.²⁶ Y, sin embargo, en su realidad cotidiana es ambas. Aquí radica mucho de la contradicción surgida en torno a la conmemoración del centenario de 1898 en Puerto Rico.

Puerto Rico y el '98: de su ambigua conmemoración

Pierre Nora señala en un escrito de 1989 el lugar que las conmemoraciones ocupan en el mundo contemporáneo como instrumento para informar y ordenar la memoria colectiva de los pueblos.²⁷ Ahora bien, ¿cuál memoria colectiva informó u ordenó la conmemoración? Por un lado el partido de gobierno organizó la celebración en torno al tema de los cien años de la llegada de la democracia a Puerto Rico, haciendo marcado énfasis en el progreso experimentado a lo largo del siglo, y anuncios destacando la bandera de las franjas y las estrellas —la “pecosa”, en el decir popular puertorriqueño— con la consigna “Esta también es tu bandera. Piensa donde estarías sin ella”.

Los grupos de oposición recordaron el centenario del bombardeo naval a San Juan con una marcha silenciosa encabezada por cien banderas puertorriqueñas —la “monoestrellada”— y pancartas alusivas a la ocasión incluyendo al menos una que leía: “¡VIVA ESPAÑA!”. Y la pintora puertorriqueña Carmen Mercedes Vázquez, describiendo una de sus pinturas sobre el '98 explicó: “Y como faltaba algo nuestro, aquí en el balcón le pinté una bandera de España”.²⁸ Así que más que informar, ordenar o uniformar la memoria colectiva, el centenario la ha hecho estallar en mil fragmentos. Afortunadamente vivimos en la era postmoderna. Y, como nos recuerda Jean Baudrillard “esto es lo post-moderno: jugar con fragmentos”.²⁹

Por eso me parece que una de las publicaciones más importantes surgidas del centenario es *Los arcos de la memoria: El 98 de los pueblos puertorriqueños*,³⁰ delicioso título porque se refiere simultáneamente a los municipios y a la multitud de pueblos que conforman al pueblo puertorriqueño. Y, por consiguiente, se refiere a los pueblos que conforman la multitud de 98's puertorriqueños. “Queremos”, dice Silvia Álvarez Curbelo, “perseguir las pistas heterogéneas de los soportes básicos de la vida cotidiana”. De esa manera se busca lograr “una producción historiográfica que tome energías de una sociedad civil polifónica, (que) convocará a un montaje del '98 más liberado de angustias fundamentalistas”. Es desde esa visión que coja la diversidad y la pluralidad, llena de múltiples facetas, tonalidades y medios tonos, que en el tiempo surgirá el sentido nuevo de Puerto Rico y el '98 cien años después.

Regreso a la cita de epígrafe de Michel Serres:

¿Cuántos procesos, numerosos y complicados, se agitan en el interior de un caso como éste, cuántas apuestas, cuántos historiadores están implicados desde su ori-

gen, y hasta hoy? En esto reside su profundo interés, y no en tomar partido por tal o cual actor, lo que equivaldría a repetir indefinidamente el proceso, en tanto vale más comprenderlo.

Al crearse el Comité del Centenario de 1898 en el Recinto de Río Piedras se determinó que la aportación universitaria a la conmemoración del 1898 consiste no en evadir la controversia —que, en todo caso, es imposible—, sino, por el contrario, en abordarla en toda su complejidad y diversidad en la forma que contribuya más a comprenderla. En abordarla desde la particular responsabilidad que la sociedad desde siglos reconoce y asigna a la universidad: generar y divulgar conocimiento. Espero que después de tres años de labor hayamos en algo logrado nuestra misión. Y que en algo, también, pueda haber aportado yo sobre Puerto Rico y el '98 a este congreso.

NOTAS

- ¹ Steve J. Stern, “Paradigms of Conquest: History, Historiography, and Politics”, en *The Colonial and Post-Colonial Experience. Five Centuries of Spanish and Portuguese America, Journal of Latin American Studies*, Vol. XXIV, p. 34.
- ² “La historia existencial”, en *El tiempo de la historia* (Buenos Aires: Paidós, 1988), p. 268.
- ³ (Edición definitiva, Barcelona: , 1981), pp. 83-84.
- ⁴ Geoffrey P. Hawthorn, “Los usos del pasado en política”, en Luis Castro Leiva, editor, *Usos y abusos de la historia en la teoría y en la práctica política* (Caracas: IDEA, 1988), p. 16.
- ⁵ *Ibid.*, p. 17.
- ⁶ *Ibid.*, p. 20.
- ⁷ El autor cita como ejemplo a Goethe y Schiller en unos de sus Xenien en 1796 “Alemania, ¿dónde queda entonces? Ningún mapa de los míos parece mostrarla”; y a Amílcar Cabral hablando sobre Guinea: “en el período colonial el estado colonial rige la historia. Cuando el imperialismo llegó a Guinea, nos hizo salir de la historia, de nuestra historia”.
- ⁸ Incorporo aquí unas reflexiones que formulé inicialmente en el simposio *1898: enfoques y perspectivas* celebrado en 1996 bajo los auspicios de la Academia Puertorriqueña de la Historia, que luego amplí en un simposio celebrado en 1996 en El Colegio de México. Ver Luis González Vales, ed., *1898: Enfoques y perspectivas. Simposio internacional de historiadores* (San Juan: Academia Puertorriqueña de la Historia), 1997; 6 y José Luis Abellán *et al.*, *El 98 iberoamericano* (Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1998).
- ⁹ Ver Fernando Picó, *1898: La guerra después de la guerra* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1987), y “La revolución puertorriqueña de 1898”, ponencia inédita, 14 de octubre de 1995.
- ¹⁰ Ver, por ejemplo, “Programa político, social y económico del Partido nacionalista de Puerto Rico”, en Reece Bothwell González, comp., *Puerto Rico, cien años de lucha política*, vol. I, Tomo 1 *Programas y manifiestos, 1868-1952* (Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1979), p. 462.
- ¹¹ *El país de cuatro pisos y otros ensayos* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1985).
- ¹² Citado en María de los Ángeles Castro, “¿A qué pelear si los de Madrid no quieren?: una versión criolla de la Guerra del 98 en Puerto Rico”, *Revista de Indias*, Vol. LXII, num. 211 (1997), p. 673.
- ¹³ Picó, “La revolución...”, pp. 1, 26.

- ¹⁴ “Educación americana”, *La Democracia*, 12 de enero de 1899, citado en Gonzalo F. Córdova, *Resident Commissioner Santiago Iglesias and His Times* (Río Piedras: Editorial Universitaria de Puerto Rico, 1993), p. 69.
- ¹⁵ Para una biografía extensa de Matienzo Cintrón ver Luis Manuel Díaz Soler, *Rosendo Matienzo Cintrón. Orientador y defensor de una cultura* (Río Piedras: Instituto de Literatura Puertorriqueña, Universidad de Puerto Rico, 1960). Para un análisis de sus ideas políticas y sociales ver Rafael Bernabe, *Respuestas al colonialismo en la política puertorriqueña, 1899-1929* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1996).
- ¹⁶ El discurso aparece en Bothwell, II, pp. 191-197.
- ¹⁷ Ver *inter alia* Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (New York: Hill & Wang, 1995); Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West* (New York: W.W. Norton & Co., 1987); Gregory H. Nobles, *American Frontiers: Cultural Encounters and Continental Conquest* (New York: Hill & Wang, 1997); y Oscar J. Martínez, ed., *U.S.-Mexico Borderlands: Historical and Contemporary Perspectives* Wilmington, Del.: Scholarly Resources Inc., 1996.
- ¹⁸ La política norteamericana hacia Puerto Rico puede verse en María Dolores Luque de Sánchez, *La ocupación norteamericana y la Ley Foraker (La opinión pública puertorriqueña) (1898-1904)* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980); Carmen I. Raffucci de García, *El gobierno civil y la Ley Foraker (Antecedentes históricos)* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1981); María Eugenia Estades Font, *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico. Intereses estratégicos y dominación colonial* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988); José A. Trías Monge, *Historia constitucional de Puerto Rico*, Vol. I (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980), entre muchos otros.
- ¹⁹ Ver nota 10 *supra*.
- ²⁰ “Discurso del Día de la Raza en Ponce, 1933. La cita directa está tomada de la exposición *Hispanofilia*. El texto completo puede consultarse en *La conciencia nacional puertorriqueña* (México, D.F.: Siglo XXI, 1972).
- ²¹ Ver p., *supra*.
- ²² *Historia cultural de Puerto Rico, 1493-1968* (San Juan: Ediciones El Cemí, 1970), especialmente el capítulo XIV, “Esquema y problemática del cambio cultural en Puerto Rico (1898-1968).
- ²³ *Ibid.*, p. 339.
- ²⁴ *Ibid.*, p. 338.
- ²⁵ “La casa de la abuela: continuidad en el cambio”, en Paquita Vivó, ed., *Puerto Rico: 500 Years of Change and Continuity/ 500 años de cambio y continuidad* (Washington, D.C.: Institute For Puerto Rican Affairs, 1991), p. 100.
- ²⁶ Algo similar ha dicho Pierre Birbaum sobre la Francia contemporánea. Citado en *The New York Times*, 24 de agosto de 1997, sección IV, p. 5.
- ²⁷ “Between memory and History: *Les Lieux de Memoire*”, *Representations*, no. 26 (primavera de 1989), pp. 7-25.
- ²⁸ Ver Luis E. Agrait, “Puerto Rico del 98 al 98: Frontera de culturas/culturas de frontera”, ponencia leída en el coloquio *Imágenes recíprocas e imaginarios nacionales: Cuba, Filipinas, Puerto Rico y España a finales del siglo XIX*, Casa de Velázquez (Madrid), auspiciado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 23-25 de septiembre de 1998.
- ²⁹ Citado en José Luis Pinillos, *El corazón del laberinto, crónica del fin de una época* (Madrid: Espasa Calpe, S.A., 1997), p. 217.
- ³⁰ Editado por Silvia Álvarez Curbelo, Mary Frances Gallart y Carmen I. Raffucci (San Juan: Asociación de Historiadores Puertorriqueños y Postdata, 1998).